

oficiales en el servicio militar ó naval del enemigo, ni carbón, excepto aquel que sea necesario para el viaje ú otro artículo prohibido ó contrabando de guerra que lleven algún despacho del ó para el gobierno español.

"*Quinto* Cualquier buque mercante español que haya zarpa- do antes del 21 de Abril de 1898 de cualquier puerto extranje- ro para los puertos ó aguas americanas, se le permitirá entrar á esos puertos ó aguas, descargar y salir sin ser molestado; si algunos de estos buques son encontrados en alta mar por los buques americanos se les permitirá continuar su viaje á cual- quier puerto que no esté bloqueado.

"*Sexto*. Se ejercerá el derecho de vista con estricta sujeción á los derechos de los neutrales y los viajes de los vapores co- rreos no serán interrumpidos, salvo que existiesen sospechas de que violan las leyes con respecto al contrabando ó bloqueo.

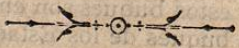
(Firmado) *Wm. McKinley*.

"Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo en Washington á los veintiseis días de Abril de 1898."

Las declaraciones de neutralidad de Francia, Austria, Por- tugal, Japón, México y algunos países sud-americanos se fueron haciendo sucesivamente en los días inmediatos. Alemania ma- nifestó que reservaba sus derechos para adoptar una decisión, y no fué sino algún tiempo después cuando se declaró también por la completa neutralidad.

Mientras estos sucesos se desarrollaban en América, prepa- rabanse otros más sensacionales en las posesiones españolas de Asia.

El Comodoro americano Jorge Dewey al mando de una po- derosa escuadra se acercaba á Filipinas. El almirante español Montojo, cuyo heroísmo había de dar carácter á la página más épica de esta historia nefasta, se preparaba para salir á su en- cuentro comandando una flotilla de barcos de madera, tripula- dos por hombres que habían hecho previamente el sacrificio de su vida en aras del amor á la patria y del honor español.



## CAPITULO VIII.

Principia la guerra.—Breve reseña histórica de las Islas Filipinas.—El primer combate naval.—Cómo eran los buques españoles y cómo los americanos que combatieron.—Descripción de la batalla de Cavite.—Valerosa conducta de los españoles.—Muerte del capitán Cadarso Rey.—Buques echados á pique.—Partes oficiales de la batalla.—opinión de un escritor francés, testigo pre- sencial.

### I

**E**l estado de guerra existía ya de hecho entre España y América. En los dos continentes se creía que el primer cañonazo iba á resonar de un momento á otro. Se supuso que los buques americanos próximos á la Isla hubiesen roto el fuego sobre unos de sus puertos y que el primer combate tendría lugar en la costa cubana, en el golfo de México ó en tierra de la misma Antilla ó, en todo ca- so, en algún punto del Atlántico. Así es que la noticia de que la primera batalla se había verificado el 19 de Mayo en Mani- la, se recibió con verdadera sorpresa.

Los sucesos posteriores desarrollados en el Archipiélago fili- pino le han dado gran significación en la política internacio- nal; por lo tanto creemos oportuno, antes de hacer la descrip- ción de la memorable batalla, decir des palabrar acerca de su geografía histórica y política.

Las islas Filipinas se hallan situadas en la parte septen- trional del Archipiélago Asiático. Las rodea por el Norte y Oeste el mar de la China; por el Este el Oceano Pacífico y por el Sur el mar de Célebes. La tierra más próxima al Norte es la isla Formosa, al Este, las islas Palaos; al Sur, las islas Célebes al Oeste el Borneo y al Oeste la Cochinchina.—En cuanto á la distancia con España, la más corta para la navegación es de 16.580 kilómetros á través del Canal de Suez y de 25 000 por el Cabo de Buena Esperanza.—Las 1,400 islas que forman el Archipiélago filipino, se dividen en cinco grupos: Luzón, [la más importante], Bizayas, Paragua, Joló y Mindanao. Alguna vez se han visto obligadas las autoridades militares de estas dos últimas provincias, á reprimir enérgicamente los desmanes y fechorías cometidos por ciertas hordas levantiscas y rapaces, pertenecientes casi en su totalidad á la raza musulmana, por

que la gran mayoría de la población isleña se compone de malayos, cuyo carácter dócil y sumiso se ha hecho siempre notable dando por lo tanto muy poco que hacer á las autoridades de la Colonia. En estos últimos años ha habido algunas rebeliones de los naturales, instigados por las tenebrosas maquinaciones de las sociedades secretas que tanto abundan en las Islas.

El gobierno peninsular recuerda ahora el pérfido proceder del Dr. Rizo, así como el del célebre revolucionario Emilio Aguinaldo. Este, habiéndose obligado á no hacer armas contra España, recibió, según convenio, gruesas sumas de manos del ex-Capitán general Primo de Rivera, juró y dió su palabra de honor entonces, de que no volvería á tomar parte en la revolución, para acaudillar después á los insurrectos en el movimiento sedicioso que estalló no hace mucho. No es este el único caso de perfidia que se registra en la historia de las revoluciones coloniales. El ex-Capitán general Martínez Campos pagó también bastante cara la conducta traidora de los jefes insurrectos cubanos en 78, (1) sin obtener mejores resultados.

Las Islas Filipinas fueron descubiertas en 1521 por los insignes navegantes Magañes y Elcano, durante el reinado de Felipe II cuyo nombre llevan en honor de este monarca.

D. Luis de Velasco, segundo virrey de la Nueva España fué quien organizó la expedición que había de conquistarlas, y nombró jefe de ella á D. Miguel López de Legazpi. El día 21 de Noviembre de 1563 salió dicha expedición del puerto de Navidad y después de tres meses de navegación llegó á Filipinas el 13 de Febrero del siguiente año procediendo desde luego á su conquista, que debido á su habilidad, pudo llevar á cabo sin tropiezos y el día 15 de Marzo de 1571 tomó posesión de ellas á nombre del rey de España.

Las Filipinas tienen una extensión territorial de 398.772 kilómetros cuadrados; en la actualidad su población es aproximadamente, de unos 7.000.000 de habitantes, los que pertenecen en su gran mayoría, como antes digimos, á la raza malaya. El elemento peninsular, no predomina aquí como sucede en Cuba. El país es sumamente fértil y rico; la agricultura es la fuente principal de esta riqueza: las producciones de café, cacao, tabaco, vainilla etc. y muy particularmente sus maderas preciosas, frutas tropicales y plantas textiles, son exportadas en grandes cantidades á los mercados de Europa y Norte América.

A raíz del levantamiento iniciado en Baire (isla de Cuba, hace tres años, llevóse á cabo otro semejante en esta apartada re-

(1) A este respecto puede verse lo publicado por el Señor Dupuy de Lome, Ministro de España en Washington, exponiendo su juicio sobre la insurrección cubana. Aparece insertado en la pagina 46 de este libro.

gión de Oriente, siendo en poco tiempo sofocada por las aguerridas huestes del general D. Camilo Polavieja. Después han vuelto los belicosos isleños, capitaneados siempre por el cabecilla Aguinaldo, á hacer armas contra España. Últimamente tomó la insurrección mayores proporciones debido á la intervención armada de los Estados Unidos.

No es esta tampoco la primera vez que las islas Filipinas se ven atacadas por invasores extranjeros. El año de 1762 arribó al Archipiélago una escuadra inglesa, al mando del almirante Jorge Cornish y del brigadier Drapier, quienes intimaron la rendición de Manila, bombardeándola al ver su resistencia. La pusilanimidad é ineptitud de su gobernador general, el arzobispo Rojo, hicieron que el consejo de administración y gobierno, unido á las principales autoridades militares y civiles, nombraran entonces gobernador y capitán general interino á D. Simón Anda y Salazar quien supo mantener en las Filipinas el prestigio y dominio de España. Debido á su valor y patriotismo, á pesar de hallarse Manila en poder de los invasores ingleses, el nuevo Capitán general logró organizar un pequeño ejército voluntario, con el que pudo encerrar al enemigo y derrotarlo completamente, subsanando así el error y las debilidades del arzobispo Rojo, que ya había suscripto el acta de cesión de la capital del archipiélago filipino á la gran Bretaña.

Hecha poco después la paz con Inglaterra, D. Simón Anda y Salazar entró en Manila al frente de sus tropas, cuyo contingente se componía de 5. 800. hombres sin disciplina, pero animados por el más leal y ardiente patriotismo.

## II.

Declarada á España la guerra por la República de Norteamérica, parece que se había meditado con anticipación, muy á la sordina, dar un golpe seguro sobre las posesiones españolas en la Oceanía, que nadie se hubiera esperado jamás, puesto que el motivo que tuvo esa nación para emprender la guerra, fué darle la libertad á Cuba.

El gobierno de Washington libró sus ordenes al Comandante de la escuadra americana en el mar asiático, previniéndole que á la mayor brevedad se dirigiese con sus naves rumbo al Archipiélago filipino, de cuyas costas no se encontraba entonces muy distante.

Cumplidas estas órdenes se avistaron poco tiempo después en aguas filipinas los buques de guerra americanos, al mando del Comodoro Dewey, cuyas fuerzas navales eran las siguientes: el Olimpia buque almirante, crucero protegido de primera,

de 5.880 toneladas, 21 nudos de velocidad; 4 cañones de 8 pulgadas; 10 cañones de tiro rápido de 5 pulgadas; 4 cañones de 6 libras, 6 de una libra y 4 ametralladoras. «Baltimore,» crucero de segunda clase, con 4.600 toneladas, 20,6 nudos de velocidad, 4 cañones de 8 pulgadas, 6 id. de á 6 pulgadas, 4 cañones de 6 libras de tiro rápido; 3 cañones de 3 libras, 2 cañones de 1 libra, 2 de 1,8 pulgadas y 2 ametralladoras. «Boston,» crucero de segunda, con 3.189 toneladas; velocidad 25 nudos; 2 cañones de á 8 pulgadas, 6 cañones de á 6, 4 cañones de á 6 libras de tiro rápido, 2 de á 3 libras, 2 de una libra, 2 de 1,8 pulgadas, 3 de 1, pulgada y 2 ametralladoras. «Baltimore,» de segunda clase, velocidad 19 nudos, un cañón de 6 pulgadas, 10 cañones de 5 pulgadas de tiro rápido, 8 cañones de 6 libras, 4 de 1 libra y 4 ametralladoras. «Concord,» de tercera clase, con 1.700 toneladas, 17 nudos de velocidad, 6 cañones de 6 pulgadas, 2 cañones de 6 libras de tiro rápido, 3 de 3 libras, un cañón de 1 libra y 6 ametralladoras. «Petrel,» de cuarta clase, con 890 toneladas; 13 nudos de velocidad, 4 cañones de 6 pulgadas, 2 cañones de 6 libras de tiro rápido y 4 ametralladoras. Acompañaban á estos buques de combate los transportes armados, «Helene,» «Cafir,» «Nashani,» el guarda costas «McCullough,» el carbonero «Shan» y el buque de provisiones «Seafarer». Estos dos últimos, así como el «Zafir» y «Nashani» no tomaron participación en la contienda, permaneciendo á alguna distancia fuera de la línea de combate.

A fin de que se pueda juzgar con toda conciencia é imparcialidad del sangriento drama desarrollado en Cavite en las primeras horas de la mañana del día 10 de Mayo, damos á continuación un pormenor del número y calidad de buques españoles que hicieron frente al poderoso enemigo. Fueron estos barcos: el «Reina María Cristina,» buque almirante, de 3.450 toneladas, botado al agua en 1886; con una velocidad de 12 nudos; 6 cañones Hontoria de 6,2 pulgadas, 2 cañones de 2,7 pulgadas, 3 de 2,2 pulgadas de tiro rápido, 6 cañones de 1,4 pulgadas y 2 ametralladoras. «Castilla,» crucero de segunda clase, construido en el año de 1881, de 3.342 toneladas, 3 cañones Krupp de 5,9 pulgadas, 2 cañones de 4,7 pulgadas, 3 cañones de 3,3 pulgadas, 2 cañones de tiro rápido y 2 ametralladoras. «Velasco,» cañonero que se hallaba en la ensenada de Bacoor, reparándose, de 1.512 toneladas, 3 cañones Hontoria de 5,9 pulgadas, 2 cañones Armstrong de 7, pulgadas y dos ametralladoras. «Don Antonio de Ulloa,» de 1.130 toneladas, 10 nudos de velocidad, con 4 cañones Hontoria, de 7 pulgadas, 3 cañones de 2 pulgadas y dos ametralladoras.

«Don Juan de Austria,» de 1.130 toneladas, 11 nudos de velocidad, 4 cañones Hontoria de 7 pulgadas, 2 cañones de tiro

rápido de 2 pulgadas, 1 cañón de 15 pulgadas y 2 ametralladoras. «General Lazo,» cañonero de 524 toneladas, 10,5 nudos de velocidad, 2 cañones Hontoria de 4,7 pulgadas, 1 de 3,5 pulgadas, 2 cañones pequeños de tiro rápido y 1 ametralladora. «Elcano,» de 520 toneladas y 10 nudos de velocidad, 3 cañones de 4,7 pulgadas, 1 de 3,5 pulgadas, 2 cañones pequeños de tiro rápido y 1 ametralladora. «Marqués del Duero,» aviso de 400 toneladas, 9,6 nudos de velocidad, con 1 cañón de 6,2 pulgadas, 2 cañones de 4,7 pulgadas y 1 ametralladora. «Isla de Cuba,» crucero de 3ª clase de 1.400 toneladas, 10,5 nudos de velocidad, 4 cañones Hontoria de 4,7 pulgadas, 2 cañones pequeños y 2 ametralladoras. «Isla de Luzón,» de 1.030 toneladas, 9,6 nudos de velocidad, 3 cañones Hontoria de 4,7 pulgadas, 2 cañones de 3,5 pulgadas y 2 ametralladoras. «Isla de Mindanao,» vapor-correo de la Compañía Trasatlántica, que no tomó ningún participio en el combate, lo mismo que el transporte «Manila,» los cuales permanecieron fondeados en la ensenada de Bacoor durante la contienda. Todos estos barcos, excepción hecha de los cruceros «Reina María Cristina» y «D. Antonio de Ulloa» y «Castilla» eran de madera y carecían del blindaje de protección. Algunos de ellos se encontraban en muy mal estado, resultando casi inútiles para el servicio.

En cuanto á su armamento, debemos hacer constar que muy pocos fueron los que llevan cañones de tiro rápido. Sólo el buque «Reina María Cristina» poseía los cañones de 14 centímetros, que era lo que más valía del artillado de la flota española. Adolecía ésta también de la falta de un cuerpo práctico é idóneo de maquinistas, pues en la premura con que se procedió á su organización hubo necesidad de echar mano de hombres que nunca habían sido marinos de guerra. Los cuerpos de condestables y artilleros también fueron muy deficientes, y algunos reclutados á última hora, el desastre tenía que resultar no solamente probable, sin ineludible para España.

En resumen, cinco fueron las naves españolas, que representaron algún valor efectivo en esta hecatombe, las que en conjunto sumaban 11.290 caballos de fuerza, 13.371 toneladas, 76 cañones, 1.875 tripulantes y 12 millas de velocidad el de mayor andar.

La escuadra norteamericana se componía en su mayor parte, de cruceros protegidos y modernos, con una velocidad media de algo más de 17 millas, y de cañoneros de primera, con un total de 21.410 toneladas, 49.290 caballos de fuerza, 163 bocas de fuego (la mayor parte de tiro rápido) 1.750 plazas á bordo, montando el «Olympia» 4 formidables cañones de 20 centímetros; los cañones fueron gobernados por artilleros ingleses contratados antes de zarpar del puerto de Hong-Kong la escuadra norteamericana, por el Cónsul de esta nación Mr. Wildman,

quien ofreció á las *blue jackets* británicos 500 *dollars* mensuales en pago de sus servicios. Debemos hacer constar también que dichos marinos ingleses eran, en su mayoría desertores de la escuadra de la Gran Bretaña. Tal es la versión de un súbdito francés que se encontraba en el lugar de los acontecimientos, y que á continuación transcribimos.

El día 25 de Abril, á media noche salió el Contralmirante de la escuadra española D. Patricio Montojo de la bahía de Manila para el puerto de Subic, acompañado de los cruceros «Reina María Cristina,» «D. Juan de Austria,» «Isla de Cuba,» «Isla de Luzón,» aviso «Marqués del Duero» y el «Castilla.»

Este último viejo navío, se hallaba en malísimas condiciones á causa del deterioro completo de su casco, que le impedía casi todo movimiento; sólo pudo ser utilizable, á medias, como una ineficaz batería flotante.

El día 26 celebró en Subic el Contralmirante una conferencia con el Capitán de navío, Sr. del Río, sobre el estado en que se encontraban las obras de defensa de ese puerto, por donde se vino en conocimiento de la deplorable situación en que se hallaban. Se procedió inmediatamente á reparar el mal en lo que fuese posible, dadas las perentorias circunstancias, puesto que se acercaba la hora de presentarse la armada enemiga en las aguas del Archipiélago. Como se comprenderá, estas improvisadas defensas resultaron insuficientes en virtud de la violencia con que se llevaron á cabo.

Era tan lamentable la situación que guardaba el crucero «Castilla,» que á consecuencia de la corta travesía verificada para llegar á Subic, hacía mucha agua cuando arribó á este puerto, al grado de que fué necesario taparle las hendiduras que presentaba, con cemento, operación que tardó algunos días lográndose al fin que quedara el buque casi estanco, pero materialmente imposibilitado para utilizar su máquina.

En las primeras horas de la mañana del día 27 los barcos referidos se dirigieron á la parte Suroeste del puerto precitado á fin de cubrir su boca que era donde se hacía más indispensable la resistencia. El «Castilla» se retiró sobre el extremo Noroeste de la isla Grande para defender con sus fuegos la entrada del Oeste. La del Este quedaba cerrada con los cascos de algunos barcos mercantes echados á pique con tal propósito.

Con profundo desagrado notó el Contralmirante Montojo que no habían sido montados, como lo esperaba, los cañones en la isla, y mucho más aún aumentó su disgusto al manifestársele que tardarían más de mes y medio en estar emplazados dichos cañones.

La defensa de torpederos fué nula porque se dudaba de su eficacia para proteger la rada. No defendida ésta bajo tal me-

dio, ni por las baterías de tierra, tenía que resistir la escuadra con sus escasos medios de acción, el formidable ataque de la flota norteamericana, en un reducidísimo círculo.

### III.

Abrigaba aun la esperanza Montojo de que el enemigo no se dirigiría al puerto de Subic, dándole de esta manera tiempo para prepararse algo mejor y poderle hacer frente en condiciones menos desfavorables; pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto. Al día siguiente recibió del Cónsul español en Hong-Kong un telegrama que, textualmente, decía: «Escuadra enemiga salió á las dos de la tarde de la bahía de Mirs, y según confidencias, se dirige á Subic para destruir nuestra escuadra y después marchará sobre Manila.»

El telegrama demostraba que el enemigo conocía perfectamente los movimientos de la escuadra española, así como también sabía que carecía de medios de defensa el fondeadero ó puerto de Subic. En efecto, estos pormenores le fueron comunicados al Comodoro Dewey, jefe de las fuerzas navales americanas, por varios agentes y espías chinos, japoneses y británicos.

El día 28 de Abril el Contralmirante Montojo convocó á junta extraordinaria de comandantes, y todos, á excepción del jefe del arsenal de Subic, Señor del Río, opinaron unánimemente que la situación era insostenible, y que debían trasladarse á la batería de Manila, para aceptar allí el combate en condiciones más favorables. Esta resolución contrarió muchísimo al comandante del arsenal expresado, y no comprendemos que motivos hubo de tener para apoyar su opinión puesto que realmente la bahía de Manila ofrecía mayores ventajas á la escuadra, que las que pudiese tener el puerto de Subic. Como se había convenido y resuelto el día 29 abandonó la flota el puerto de Subic, y se dirigió á Manila, desechándose la idea de apostar los buques cerca de esta última ciudad, porque lejos de defenderla, provocaría el bombardeo de la plaza, que hubiera sido desastroso. Se optó pues, unánimemente, por tomar posiciones en el fondo de Cañacao, con el menor calado posible á fin de poder combinar los fuegos de la escuadra con los de las baterías de punta Sangley y del «Ulloa.»

Dió luego el Contralmirante Montojo orden al comandante Sr. del Río de que concentrara todas sus fuerzas en el punto más conveniente y estratégico del arsenal de su mando, así como para quemar, si era necesario, las existencias de carbón almacenadas en el depósito, antes de que cayese éste en poder del enemigo. Fué despachado para Manila el «Don Juan de